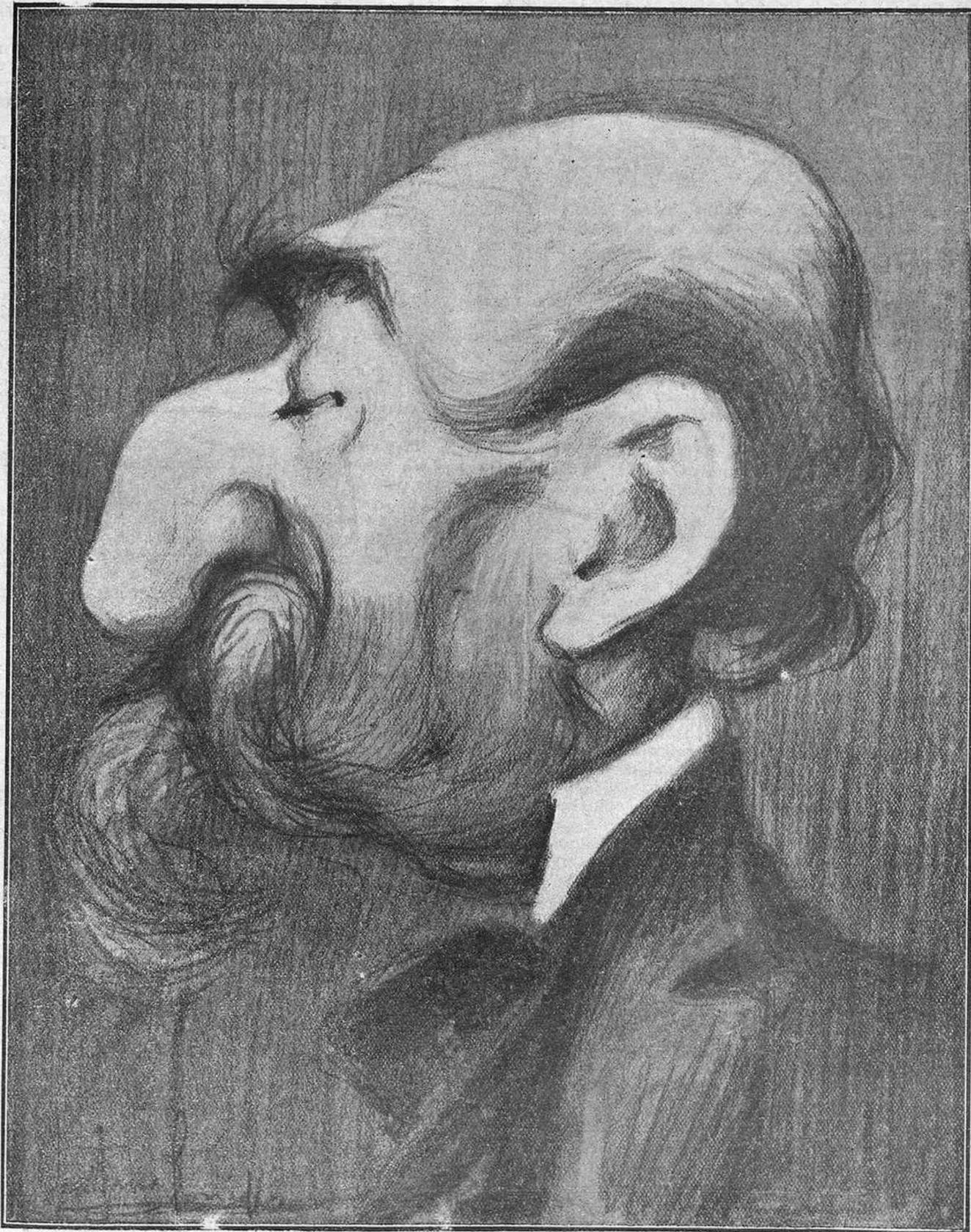




Madrid Cómico

DIRECTOR: CARLOS DE BATLLE

Marcos Zapata, Caricatura de SANTANA BONILLA



Autor de *La capilla de Lanuza*
y *El anillo de hierro*,
en el teatro y fuera del teatro
siempre un pçeta fuè, de cuerpo entero.

Presume de buen mozo y le molesta
salir aquí tan feo:
contra su voluntad lo publicamos...
¡pero guárdenme ustedes el secreto!

15 CÉNTIMOS

SUMARIO

Texto.—De todo un poco, por Félix Limendoux.—Dicen..., por Santiago Iglesias—San Miguel Arcángel, por José de Roure.—La cuestión de los treinta, por Felipe Pérez Capo.—A prueba, por Ventura de la Vega.—Al volver la esquina, por Félix Cuquerella.—Baturrillo, por Fray Canáil.—Al aire libre, por F. Toulet.—Correspondencia particular—En el año 2000, fantasía novelesca por E. Bellamy.—Anuncios.

Grabados.—Marcos Zapata, caricatura por Santana Bonilla.—La cuestión de los treinta, ilustraciones de Méndez Alvarez.—El arte contra la ciencia, historieta por Godefroy.—Cosas de chicos, historieta por Caspita.—El amor también es ciego, historieta por R. Marin.—Al aire libre, ilustraciones de Gil Baer.



...Ya sé yo que al «buen público» maldito lo que le importa nada que tenga relación con las cosas editoriales, como no sea para compadecernos en un rato de buen humor, al enterarse de que existía un editor-ogro y un autor-cordero.

Y sé también, á este propósito, de un senador vitalicio que á un ilustre compañero mío tuvo la osadía (mezcla de ignorancia) de preguntarle:—¿Y le dan á usted algo por esas cosas que escribe?

Aquel señor formaba parte de dos ó tres Comisiones, y á pesar de su investidura, ignoraba que los que escribimos «tomamos dinero» por estas cosas.

Y es que como senadores y diputados hablan gratis y además molestan, no conciben que á los que escribimos y distraemos á las gentes se nos pague en moneda contante y sonante.

Pero cuando vean que dentro de un año han de cotizarse en Bolsa las obligaciones de «La Sociedad de Autores» y que vale dinero nuestra personalidad *in sólido* y mancomunada, entonces va á ser el asombro de una porción de corcho-taponeros ó cosa parecida.

Para ese momento reclamo la influencia municipal de D. Alberto Aguilera.

Mi enorme amigo comprenderá que es preciso buscar en Madrid un sitio donde colocar la estatua de Sinesio Delgado, que si como poeta se lo merece porque hace versos como ya quisieran hacerlos muchos señores consagrados por la crítica rutinaria, como hombre de iniciativas prácticas puestas al servicio de una clase importante y numerosa, no tiene rival, aunque se le compare con Piquer, Pontejos, Bravo Murillo, etc., etc.

Sinesio Delgado es hombre de temple especialísimo; de esos que honran el país donde afortunada ó desdichadamente se manifiestan; habrá quien á su sombra viva y explote méritos *irradiados*, pero ningún hombre de corazón limpio y de cerebro amplio, podrá poner en discusión la grandeza de su espíritu, lo noble de su propósito y el éxito de su obra.

(Dicho sea con perdón del maestro Arnedo, que opinaba en *El País* todo lo contrario).

Como MADRID CÓMICO, hechura de Sinesio Delgado, no es tribuna para tantas apologías, y como voy estafando á mis lectores con distraerles demasiado espacio, termino, pues, proponiendo á todos y cada uno de mis compañeros que soliciten de mi enorme amigo el Sr. Aguilera un sitio, dos escultores y un poco de piedra para hacerle á Sinesio una estatua.

¿Que no se aviene á ello porque el municipio es cosa incompatible con la literatura? ¡No importa! Sinesio, redentor de los escritores españoles, es casi tan grande como Aguilera.

No llegará á alcalde de Madrid; pero tampoco peligramos por el *viceversa*.

Y siempre es una tranquilidad.

Y perdonen ustedes que haya tenido un momento de desahogo *profesional*; pero estoy que no me llega el *trimestre* al cuerpo.

Y dejemos estas preocupaciones íntimas para venir á la Crónica, que es lo que ustedes necesitan.

Están para abrirse todos los teatros de Madrid.

Esto lo sé porque me lo dicen los empresarios y los primeros actores.

No quiero ocuparme de lo que cada coliseo promete, porque mi misión en este sitio no es esa; pero como buen chismoso (que es el único aliciente de que dispone el cronista) puedo charlar con ustedes un poco, aunque no sea mucho.

¡Va á haber tiros este año!

Cada Empresa trata de hacer valer «lo suyo», y aunque al principio todos los teatros marchen correctamente, desde ahora puedo augurar que cuando Noviembre «caiga», con sus frios y su retraimiento, si los autores han fallado, el desbarajuste será enorme; y es fácil que veamos á la Brú con Thuillier, á Rubio con la Arana, á Donato Jiménez con la Joaquina Pino, y así sucesivamente.

¡Pero siempre seguirá Chicote con la Loreto!

A propósito: hemos recibido en esta casa un parte telegráfico de nuestro corresponsal en Sevilla, comunicándonos el éxito que ha tenido Carlos de Batlle en el estreno de su obra *El justo medio*.

Los de casa no podemos echar las campanas á vuelo porque nos lo impide el hecho de que figure en primera plana el nombre de nuestro querido amigo; pero nadie puede impedirnos que nos alegremos de todo corazón, y que éste se nos escape del pecho, deseoso de acudir al teatro de San Fernando de Sevilla para emocionarse con los aplausos que oirá nuestro compañero.

Leo en un periódico hasta donde me conviene leer, y copio hasta donde me conviene copiar:

«En el Gobierno Civil se supo esta mañana que el Gobernador había recibido un aviso del Alcalde (1) diciendo que en el cementerio del Este se necesitaban algunas fuerzas...»

Y digo yo:—¿Para qué? A menos de que se tratase de levantar algún muerto.

¡Perdón, Sr. Barroso! El chiste es algo macabro, pero de menos nos hizo cualquier casino.

La familia real es una familia de buenos burgueses.

¡Comen patatas fritas, como un servidor de ustedes y como muchos servidores míos, en el supuesto de que ustedes se me ofrezcan como tales!

Los cuatro reyes, y no sé si algún caballo, presentáronse de improviso el miércoles en un restaurant de Rentería sin que nadie lo sospechase.

Hubo patatas *soufflées*, sidra y chocolate.

Las camareras se *azararon*, según *La Correspondencia*, y cuando llegó el momento de cobrar (¡si estoy yo allí!) se negaron á percibir el importe.

Pero...

¡Hay que ver al Conde de Caserta dando propina!

Cincuenta pesetas dejó sobre el mármol de la mesa á cambio de una porción de vivas.

¡Esto es dar un *pourboire* espléndido!

Lo que no concibo yo es que, habiendo el Sr. Barroso puesto su bastón de autoridad en los cafés de camareras, haya ido toda la dinastía en familia á charlar con esas mismas señoras.

¿Ve usted, Sr. Barroso, cómo hay que respetar esa *industria*?

A menos de que las tales de Rentería fuesen camareras de... S. M.

Y aún hay más:

Su Majestad la Reina, según telegrama de San Sebastián, gastó 15 pesetas en comprar barquillos á un vendedor ambulante.

Cuando tuvo en su poder la mercancía, me consta que el Duque de Almodóvar del Río, Ministro de Estado en España, dijo sentenciosamente mirando á su soberana:

—¿Barquillos?... ¡Alimento inglés!

FÉLIX LIMENDOUX

Dicen...

Dicen los que quizá no te conocen que tienes corazón y alma de hielo... Pero una vez cruzaste en mi camino y yo sentí que me quemó tu aliento. Y es que bajo la nieve, en los volcanes, aunque estén apagados, siempre hay fuego.

Dicen los que famosos consagraron al altar de tu amor nubes de incienso, que vivir adorándote es lo mismo que pasar las torturas del infierno. Pero á pesar de todo lo que dicen te diera el paraíso ¡por un beso!

SANTIAGO IGLESIAS

(1) Mi enorme amigo, Sr. Aguilera.

San Miguel Arcángel.

El marqués de la Real Merced solía tener algunos ratos de expansión con sus amigos del Casino. Formaban éstos una piña de veteranos de la diplomacia, con el almanaque de Gotha por Biblia, y cuantos íntimos de todas las cortes europeas, para solaz de sus forzados ocios. Casi todos ellos eran calvos aristócratas, gruesos, miopes y saludables; sus cuerpos pedían, en vez de *burguesas* levitas, casacones bordados, y sus almas, en vez de tratados de comercio, intrigas palaciegas y sonrisas de príncipes.

Y el marqués de la Real Merced decía á sus amigos:—«Eulalia es una santa. Todos vosotros habéis conocido á la marquesa en su juventud y admirado su carácter alegre y decididor y aquella sonrisa constante que repartía salud y contento en torno suyo. Bien os acordáis de la tarde en que, paseando una persona de la familia real por las alamedas de Aranjuez, oyó salir de entre los arbustos un ruido fresco, armonioso, continuo, que le hizo exclamar:—«O por aquí hay una fuente ó es que se ríe la marquesa de la Real Merced».— ¡Pobre Eulalia! ¡Cuánto tiempo hace que la risa ha desaparecido de sus labios!...»

Todos los compañeros del marqués bajaron conmovidos la cabeza.

Y el marqués continuó:—«Tiene Eulalia en un medallón una preciosa miniatura representando á San Miguel Arcángel. Está el noble capitán de las milicias celestiales en su traje de guerra, desnuda la espada, altiva la frente y victoriosa la sonrisa. Eulalia jamás aparta de sí este medallón; creo que es un recuerdo de su madre, no lo sé; pero dudo mucho que el vencedor Arcángel haya tenido devoto más fiel que la marquesa. Se encomienda á él besándole amorosamente por la mañana; rézale varias veces durante el día; contéplale con místico arrobamiento á cada instante, y ¡cuántas noches, fatigada por el insomnio, coge el medallón en sus manos, y en dulcísima conversación con el celeste capitán le sorprende á la infeliz el dial ¡Eulalia, amigos míos, es una santa!»

Y el marqués entornó los párpados como para ver á su querida esposa con un nimbo de luz y rodeada de cabecitas de ángeles.

—«El cambio de su carácter ha debido obedecer, yo, por lo menos, así lo creo, á un susto terrible, á una fuerte y desagradable impresión. Os contaré lo ocurrido, y seguramente reconoceréis que no puede ser otra la causa. Estaba yo de primer secretario de la embajada de París y Eulalia, por precepto facultativo, tuvo, que regresar á España y establecerse en Málaga, cuyo dulce clima convenía á su delicada salud. Compramos un hotelito con un jardín, cerca de la población, y allí la dejé para volver á encargarme de la secretaría. Dos años estuvimos separados; pero cuando me dieron la legación de Viena, aproveché el mes de licencia que me concedían para reunirme con Eulalia. Pues bien; el día antes de llegar yo á Málaga, sucedió en el jardín del hotel una cosa terrible.

»Fué que un calavera, un jugador... Sánchez del Olmo, que era capitán de artillería, chico de buena casa, pero muy mala cabeza, perdió en el Casino no sé cuantos miles de duros; ello era una enormidad, y viéndose comprometido, porque parece que andaba por medio la caja del regimiento..., en fin, que salió desesperado de la población, entró en el jardín de nuestro hotel, cuya verja estaba desgraciadamente abierta, se sentó en un banco, sacó un revólver del bolsillo, apoyó la boca del cañón en la sien y se disparó dos tiros. Al oír la detonación salió del hotel la marquesa, y ¡figuráos qué espectáculo! El pobre chico, según me dijeron, estaba horrible, toda la cara ensangrentada, las sienas deshechas... ¡atroz!

»Dióle á Eulalia un síncope... dicen que cayó como muerta y que tardó tres horas en volver en sí... yo la hallé al siguiente día como si hubiera pasado una grave enfermedad... se apoderó de su ánimo una profunda tristeza, tenía pesadillas por las noches... se puso mortal. Me alarmé muchísimo... por fin, fué lentamente recobrando su salud... pero desde entonces no se ha vuelto á reír. ¡Demonio de chico! ¡Bien podía haber elegido otro sitio para suicidarse! En fin, que Dios le haya perdonado: era de los Sánchez del Olmo de la Montaña, buena familia, un poco calaveras... todos ellos han concluido así.» Hasta aquí el marqués.

Y mientras esto decía el marqués á sus amigos del Casino, la marquesa... ¡qué hermosa debió haber sido aquella mujer! sentada junto á una mesita de laca, en la que había una lámpara cuya suave luz apenas hacía más que acariciar la obscuridad del gabinete, ya se llevaba el medallón á los labios, ya fijaba sus hermosos ojos en unas arrugadas cartas, ya se quedaba contemplando tercamente la obscuridad, é iban cayendo al mismo tiempo por sus mejillas majestuosas y serenas lágrimas. Cogió una de las cartas, y con voz muy tenue, salida del pensamiento mejor que de los labios, leyó las siguientes frases, más fijas aún en su memoria que en el papel donde fueron escritas:

«Es imposible, Eulalia, que cumpla lo que ayer te ofrecí. No puedo, no puedo consentir que nuestro amor termine; yo sé que con la continuación de nuestro cariño peligraría tu honor... pero ¡si yo te adoro! No, no; lo he pensado mucho, déjame, ¿para qué he de vivir? Disfrazaré también los motivos que me impulsan á la muerte, que nadie sospechará... Esta noche, por Dios, no me hagas esperar ¡será la última de nuestro cariño! ¡qué hermosa noche! todo el placer del amor y toda la tristeza de una separación para siempre... Te llevaré mi retrato, que está ya concluido. Dios me perdonará el haberme hecho

pintar como pintan á San Miguel Arcángel; pero así no podrá comprometerte mi triste efigie, y tendrás un retrato mío y un santo más en tu guarda, ya que mi desdicha aún no me deja... No; ¡es inútil que te disfrace mis sentimientos! Estoy llorando como un muchacho. Hasta la noche, á las nueve en punto; que no tarde Luisa en abrir la verja. ¡Te quiero tanto! Adiós.—*Sánchez del Olmo.*»

Aún estaba la marquesa saboreando la dulcedumbre de sus recuerdos, cuando una doncella le anunció el regreso del marqués. Eulalia guardó sin apresurarse las cartas y dejó el medallón de San Miguel Arcángel sobre la mesa. El marqués acercóse á su esposa, preguntándole cariñosamente:—¿Cómo te encuentras esta noche, hija mía?—Después sentándose al lado suyo, contóle, para animarla, los sucesos más notables ocurridos aquellos días en la corte, y llegada la hora en que solía retirarse á sus habitaciones, como muestra de respeto á la devoción de la marquesa, cogió el medallón de San Miguel Arcángel y fué á estampar un beso en la noble faz del capitán celeste.

Alzóse al verlo la marquesa de la butaca, y temblando de emoción, pero con voz enérgica y segura, dijo deteniéndole el brazo:—¡No, no, no!

El marqués no pudo contener un gesto de sorpresa; mas recordando en seguida su serenidad, dejó precipitadamente el sagrado medallón sobre la mesita de laca.

Y al retirarse á sus habitaciones iba diciendo: «¡Ni siquiera permite que besen al Arcángel más labios que los suyos!» ¡Pobre marquesal! Decididamente tenía razón el que dijo que en la devoción de las mujeres hay siempre mucho de idolatría.

JOSÉ DE RIGURE

La cuestión de los treinta.

Para modelo, lector, de cursi y de solterona la niña de una patrona de la calle de la Flor.



Lo de niña te subrayo, porque iba á decir después que cumplió cuarenta y tres el diecinueve de Mayo.

Y aunque ya se ve que sí pasa ¡y bien! de los cuarenta, ella se planta en los treinta y ya no sale de ahí.

Nunca ha sido una beldad y aunque ahora está menos bella

(Ilustraciones de Méndez Álvarez).

no «pasan años por ella» ¡siempre tiene igual edad!

Dice «¡que se suicida cuando cumpla treinta y dos!» No hay cuidado, ¡vive Dios! que *no los cumple* en su vida.

Yo su *sans façon* envidio.

Dice que uno de Albacete la echa solo veintisiete ¡pero será de presidio!

No hay uno que no se ría al oírla hablar de esa suerte y aunque á todos los divierte ninguno la contraría.

Hasta que ayer, por su mal, — ¡buen sofoco tuvo ayer! — la llamaron para ¡acer el padrón municipal.

Lo llenaba un comandante... que habla así, con voz de trueno. — ¡Venga usted á ver si lleno sus casillas al instante!

Pura López Viscasillas. — ¿Edad? — ¡Qué barbaridad! Era el preguntar su edad sacarla de sus casillas.

Dudó un momento... — ¡Pardiez! gritó el comandante airado, ¡sus años le he preguntado!

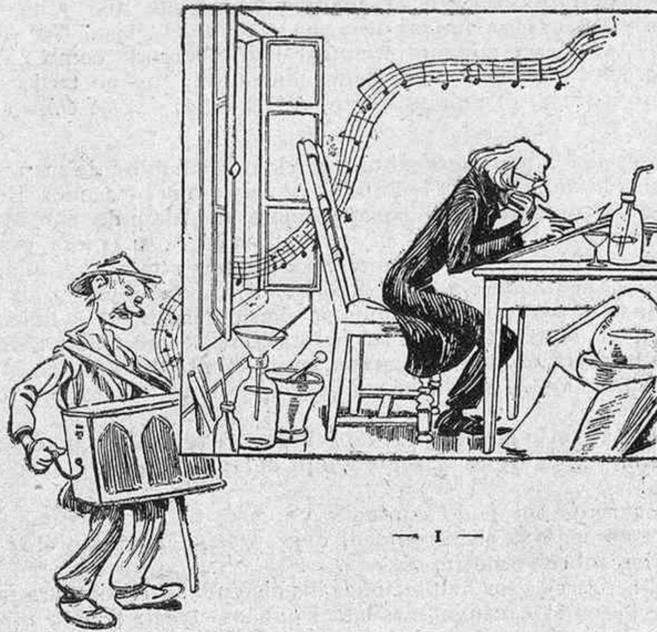
¡Acabe usted de una vez! — Pues yo... sólo cuento treinta, — ¿Sólo treinta? — Sí, señor.

— Pues ahora haga usted el favor de decir los que no cuenta.

FELIPE PÉREZ CAPO



EL ARTE CONTRA LA CIENCIA, por GODEEFOY



— 1 —



— 2 —

¡A prueba!

Era doña Angustias una verdadera madre *alquilada*: seca, fea, vieja, entrometida, burlona, bizca, color cetrino... en fin, una verdadera bruja: andaluza, de esas que se alegran por fuera y maldicen por dentro, no perdía ocasión de demostrar su alegría fingida, cuando veía alguna persona á quien ella tenía que rendir homenaje ó la creía susceptible de adular, y aquí empieza una de sus fingidas manifestaciones.

—¡Caramba, don Fulano! (llamémosle así) ¿cómo está usted? ¡Ay, que alegría tan grande!... Jesús, pero qué alegría... ¡Hija, niña, ven aquí, mira á don Fulano que *presioso* está! ¡Ay *Fosú*, Dios mío, pero qué *retebonito* se ha puesto usted, don Fulano! (Advierto á mis queridos lectores, que el tal don Fulano era casi tan feo como ella).

—¿Y la señora?

—Pues la señora, bien: muchas gracias.

—¿Con que está bien, eh? ¿Dice usted que está bien? ¿Niña has oído lo que dice? *Várgame la vigen* de la Macarena, qué gusto tan grande: (*¡mardita sea tu arma!*) no se *pué osté pensá* la alegría tan grande que tengo: ¡ay hijo! No me canso de ver *asté* lo bonito que está! ¿Conque la señora, dice usted que está bien, eh? ¡Jesús, Jesús!

—Está buena, sí: no tiene más que las molestias de su estado...

—¿Pero está...?

—Sí, sí señora, está...

—¡Ay Dios mío! ¿Otra vez?

—¿Cómo otra vez, si hace seis meses que nos casamos?

—¡Ay, es verdad! ¡Por Dios, usted disimule. De manera que está... y ¡tan pronto!

¡Cuidao que es usted malo, don Fulano!

—¿Por qué he de ser yo malo? Eso es un caso completamente natural.

—¿Y es niña ó niño? ¡Bien es verdad que no lo sabrán ustedes todavía! ¡Ay, *várgame* nuestro *Pare* Jesús del Gran *podé!* y qué alegría tan grande tendré el día (que reviente) que sepa que ha salido con bien. Dios le dé una hora *cortita* ó la que más le convenga.

—Gracias, gracias. ¿Y á qué han venido ustedes á Madrid, si no es indiscreción!

—(¿Indiscreción? ¿Qué será eso?) Pues verá usted: mi niña se va á dedicar á *cómica de zarzuela* y *habemos venío* aquí *¡pá* que la busquen er registro de la voz!

—¿Y se lo han encontrado ya?

—Vaya, ya lo creo: ayer estuvimos en casa der maestro de los cómicos... y... ay, hijo de mi *arma*, no se *pué* usted *pensá*: le dijo er maestro que tenía una voz, horrible; que subía una barbaridad; lo que es por arriba, tiene usted lo que tienen pocas. Ay, pues, lo mismo que sube, baja, le dije yo.

—¿Y el centro?

—¡Vamos hijo, que tiene usted unas cosas!

—¡Me refiero á las medias!

—¡De argodón, pero sin un punto!

—¡Quiero decir, que si tiene notas medias!

—Enteras y muy enteras. ¿Qué se ha creído usted, que mi niña es una cualquier cosa? Mi niña no tiene nada á medias.

—Vamos doña Angustias, ó yo no me explico ó usted no me entiende. Celebraré que su hija tenga el diapason completo.

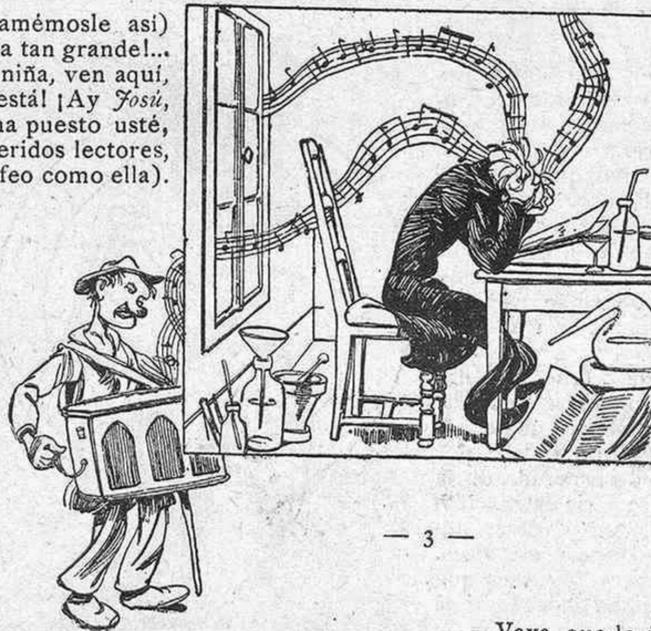
—Oiga usted, so indecente: ¿Qué palabras son esas?

—Vaya, que le den á usted un caldo y otro á la niña.

—¡Grosero, más que grosero! ¿Has visto, hija mía?

—¡No le haga usted caso, mamá!

Hoy la niña, es ya primera tiple, gana un buen sueldo, tiene muchas alhajas y coche propio... de un amigo suyo. ¡Está visto! No hay nada mejor que venir á Madrid á que le prueben á uno el registro... de la voz.



— 3 —



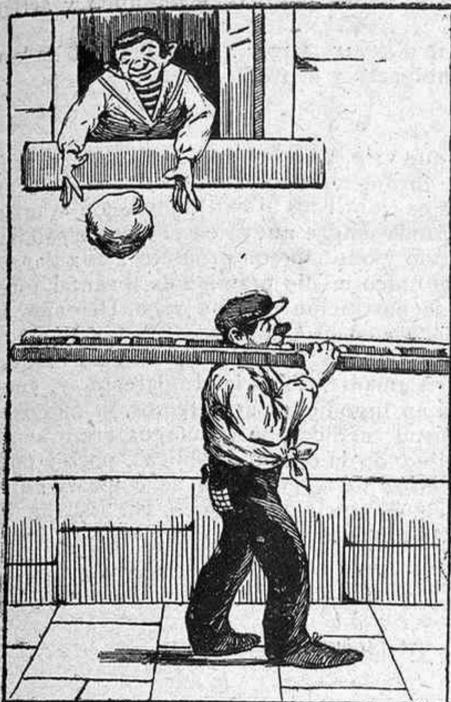
— 5 —



— 4 —

VENTURA DE LA VEGA

COSAS DE CHICOS, POR «CÁSPITA»



- 1 -



- 2 -



- 3 -

Al volver

—A ver si pué ser, buen mozo,
que se aparte usté una miaja
que está usté ostruyendo el paso
á tó el que por aquí pasa...
—¿Ostruyen?... ¡chist! ¿quien ha sío
el que vertió esa... palabra?
—Sepárese usté ¡so curdal!
¡que se lo pide una dama!
—¿Ostruyen?... ¿que me separe?...
A ver... ¡chist! ¿quien me lo manda?

—¿Me hace usté el favor?
—¡Chist!... oye,
¿quieres jugarte unas habas
al arrastrao ú al as de oros...
en la taberna del Rasca?
¿No contestas?... ¿me tiés pánico?...
¡pues... te indulto de pagarlas!...

—¿Me permite usté?
—¡No quiero!
vulgo... no me da la gana,
porque... ¡pá mí no hay valientes!..
—Pues ¡fuera!

—¡Chist!... eso cambia...
pero poco de empujar...
ú... ¡se acabó lo que daban!...

porque si á mí me se sube
la bilis... á la encefálica...
me sonrío del O'Donnell...
del Carulla... del Sagasta...
y de tós esos valientes
que á mi lao... ¡son unos mandrials!...

—¿Fait vous le plaisir?

—¡Chist!... ¡oye tú, goma laca!...
¿quieres jugarte unas copas

al tute, de anís Cazalla?
¿No?... ¿pues... que te fotografien
ú que te coja una... kábila
Marroquis... y te captive...
—¡Sinvergüenza!

—¡Goma laca!...

—¡Con permisol...
—Con... ¡la Biblial!

¡atrás!... ¡de aquí no se pasa!...

—¡Jesús que miedo! ¡un borracho!

¡ven mamá, que te amenaza!...
—Yo soy un hombre... decente,
de cutis y... circunstancias...
para... gastar el dinero
con mujeres... que lo valgan...
—¡Imprudental!

—¡Chist!... ¡mucho ojo
con la... emisión de palabras,
que va á haber aquí... ¡el diluviol!
si me pongo por las malas..
¡Eh! ¡Chist!... no marchéis, ¡so golfas!



- 4 -

la esquina.

que os voy á dar dos patadas...

—¿Quién empuja?...
*
—Usté perdón,

que soy ciego.

—¡Chist!... ¡so guajal...
tú eres un gachó que tiene
la vista .. la mar de clara...
pero... á mí? no me la pegas...
¡so guripal!...

—Vaya... vaya
suélteme usté, porque llevo
mucha prisa.

—¡Chist!... ¡so mandrial!
tú vienes ahora conmigo
á la taberna del Rasca
á jugar las habichuelas...
y á beber... anís Cazalla...
—Suélteme usté ó doy voces...

—¿Y qué?...
—Que llamo á los guardias.

—¿A que no?...
—¡Favor! ¡socorrol!...

—¿Qué es lo que ocurre?
—¿Qué pasa?

—¡Este hombre que me atropella
porque soy ciego!

—¡Canalla!

—¡Suéltelo usté!

—A la cárcel

con ese borracho.

—¡Guardias!

—¡Chist!... no vendrán, que están

en la taberna del Rasca [todos

jugando las... habichuelas...
y... bebiendo... anís Cazalla.

FELIX CUQUERELLA



EL AMOR TAMBIÉN ES CIEGO, por MARÍN



1.—Para expresar con fuego mis amores
no hay lenguaje mejor que el de las flores.



2.—Nunca falta un amigo algo indiscreto
que nos suele poner en un aprieto.



3.—¡Ya se me fué! ¡Contrariedad maldita!
Digo, no; que allí veo la perrita.



4.—Le doy el ramo y...
—Gracias caballero;
si me da usted un cocido ¡lo prefiero!

Baturrillo.

Aquí, en Biarritz, no hay tiempo ni humor de leer. A las ocho tomo la bicicleta y me voy a Bayona. A las once me baño en el mar, a las doce almuerzo, a la una duermo la siesta. (Que me echen a Amiel con su *Diario íntimo* ó a doña Emilia con sus visitas a los obispos de Lieja...). Otras veces salimos en patrulla, en un *break*, camino de Cambó ó de San Juan de Luz, ó tomamos el tren y nos pasamos el día en San Sebastián, ó en ese rincón de poesía, de verdura y de luz que se llama Fuenterrabía...

De noche al Casino Municipal ó al antiguo Casino a oír alguna ópera cómica, *La vie de Bohème*, por ejemplo, y en los entreactos, a los *petits-chevaux*, que son un tragadero de francos. De Fuenterrabía, ó Fontarabie, como le llaman los franceses, he de escribir largo y tendido otro día. Se parece a Venecia andada a pie. Esa calle Mayor es única en el mundo. En el *Hotel de Francia*, que recomiendo a ustedes, ví almorzando a Palacio Valdés. No le saludé porque estaba con una dama. Le alabo el gusto al elegante novelista de *La hermana de San Sulpicio*. Publique pronto la novela, que sin duda ha de inspirarle aquel pedazo de paraíso, porque yo ya tengo la mía *in mente*. Fuenterrabía se presta para escribir un idilio al modo de *Dafnis y Cloe*.

Como no tengo tiempo de leer, no he leído hasta hoy los *Ecos argentinos*, con uno de cuyos ejemplares me ha honrado su autor don Juan Valera. El libro está gallardamente impreso, como todos los que imprime Fernando Fé, el simpático y querido editor.

La pluma de Valera no envejece. La mueve como si tuviera veinte años. ¡Qué frescura, qué naturalidad y qué ironía (arteísmo, que decían los griegos) los de su estilo! Pero D. Juan se pasa de benigno. Para él no hay autor malo ni mediocre siquiera. ¡Hasta Pompeyo Gener, que es todo un grafomano, se le antoja talentoso y erudito!

Tampoco concuerdo con el insigne hablista en su teoría estética. D. Juan pide a la obra de arte que edifique.—«Un autor de novelas—dice—debe ser moral».—No, D. Juan: un novelista debe tener talento y copiar la vida sin hipocresía y falsedad. La moral, es como el *jesuitico* académico, es una palabra. Nada más universal que el progreso. Nada más universal que la vida. No tengo espacio para desenvolver mi pensamiento. En algún periódico de América consagraré a su libro la atención que merece, con el respeto debido a la fama y al valor intelectual del autor.

¿Conocen mis lectores una revista madrileña titulada *Nuestro Tiempo*? Viene a ser como *La Revue de Revues*, de París y la *Review of Reviews*, de Londres: una revista de información. La dirige Salvador Canals, un periodista inteligente, instruido y laborioso. *Nuestro Tiempo*

está bien escrito y esmeradamente impreso, y en sus páginas se resume el movimiento literario, social, político, económico y artístico europeo.

Debe vivir, porque viene a llenar un vacío: el del cerebro de la mayoría de nuestro público holgazán y distraído.

Joaquín Costa, hombre que vale, y con cuyas ideas casi siempre estoy conforme, pide que se fusionen a unas cuantas docenas de españoles para que hagan viajes científicos al extranjero, con la mira de que, por ese medio, se infunda sangre nueva en el alma española.

Hermosa idea que aplaudo y que me comprometo a auxiliar en lo que pueda. A mi ver, es el único medio práctico de levantar intelectualmente a la nación de la postración en que yace. Dejemos a los Romero Robledos escandalizar en el Congreso. Con cincuenta ó sesenta españoles que salgan todos los años a respirar aire oxigenado en las universidades de Alemania, Francia, Inglaterra, y vuelvan transformados a la patria en ingenieros, arquitectos, fisiólogos, químicos, mecánicos, naturalistas, médicos, antropólogos, etc., que obren, que hagan propaganda, agitando la opinión pública... poco a poco la nación irá reviviendo y dentro de algunos años se colocará en el lugar que le corresponde en el concierto europeo. En España lo que hace falta es eso: ambiente intelectual.

FRAY CANDIL

PARÍS

Al aire libre.

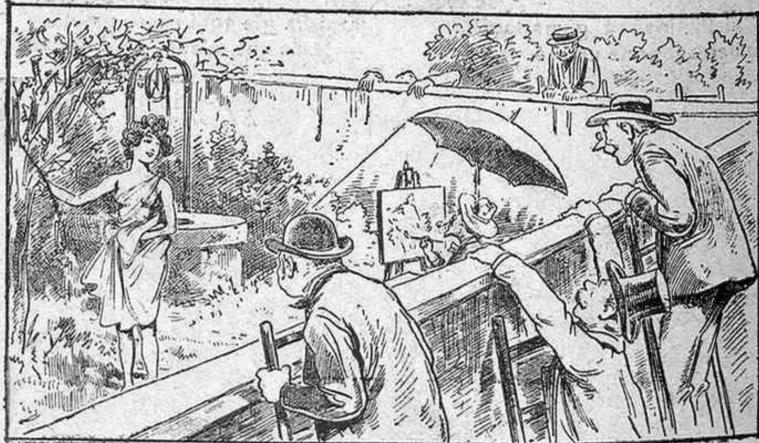
Aquellos señores graves
tan estirados y rígidos
que por las tardes tensan
su tertulia en el Casino,
acogieron mi presencia
con afecto relativo
y hasta llegué algunas veces
a «hacer el cuarto» al tresillo.
Todas sus conversaciones

giraban sobre lo mismo:
la moral y la política...
desde un punto elevadísimo
censurando las costumbres
depravadas de este siglo.
Al elogiar con reservas
los desnudos que yo pinto
me hablaron de las modelos
censurando tal oficio.



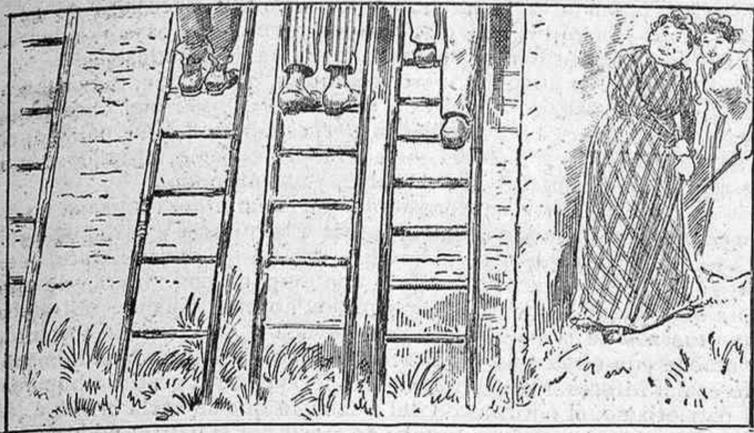
Quise yo sinceramente
defenderlas con ahinco
diciendo que al arte todo
cuanto toca lo hace digno,
sin que invada su terreno
ningún depravado instinto.

—Yo, señores, si trabajo
jamás al modelo miro
con los ojos de la cara
sino con los del espíritu.
La muchacha que me sirve
y que he traído conmigo



se abandona confiada
sin moverse de su sitio;
en el jardín la coloco
porque yo siempre persigo
llevar la luz a mis cuadros
del modo más fidelísimo.

—¿Luego usa usted como estudio
el jardín del hotelito?
—Sí señor; ¡al aire libre!
—¡Qué atrocidad! ¡Qué cinismo!



A la mañana siguiente
según después he sabido,
todos aquellos señores
tan estirados y rígidos
asomaban por la tapia

sus cabezas en racimo;
hasta que por fin un día
por chismes de algún vecino
se enteraron las señoras
de aquellos señores rígidos,



y armóse tal sarracina
de palos, voces y gritos
que todavía del cuerpo
la risa no me ha salido.

¡Qué moral la de los pueblos!
¡Qué castidad! ¡Qué principios!
y sobre todo, señores,
¡¡qué socios los del Casinó!!

F. TOULET

Correspondencia particular.

PRIAPO.—Me manda usted un artículo titulado *El olivo gordo*, y no se me ocurre otra cosa que llamarle á usted *alcornoque cursi*.

O. C.—*Santander*.—Con franqueza: no entiendo la composición ni sé qué mendigo pueda haber que brinde de esa manera.

M. A. M.—*Madrid*.—La cosa tiene gracia, pero ni es artículo, ni es cuento, ni tiene forma concreta, literariamente hablando. Si usted supiera hacer versos, podría enjaretar con ese asunto una composición aceptable.

P. C. P.—Puede usted disponer de las dos composiciones porque no me sirven; con esta contestación daremos por terminado el incidente.

TERSURA EN LA CARA Y MEJILLAS sin hundimiento se conserva hasta la vejez más avanzada con el uso diario del *Licor del Polo*, el más barato é higiénico de los dentífricos. Hecho acreditado por dos generaciones.

CURRO CALVENTE.—*Málaga*.—La aprovecharé por estar de forma más cuidada que otras; pero no le respondo cuando saldrá.

UN GATÉ PAPIER.—*Segovia*.—¿Esdrujules romanyques? ¡Jama's de la viel!

E. N.—*Buenos Aires*.—Aprovecho solamente unos epigramas.

SE PONE DOMICILIO á cualquier estación férrea Agua Colonia Orive, enviando Bilbao 8,50 pesetas, 2 litros, ó 16 pesetas, por 4 litros.

L. M. y M.—*Novelda*.—¡Hombre, un romance donde cada cuatro ó seis versos cambia el asonante, es un abuso de la métrica! Si tiene usted confianza con su musa, pregúnteselo.

F. C.—*Astorga*.—Sirve la *borrachera*.

V. DE V.—*Madrid*.—He leído sus quintillas y lo único que puedo hacer en obsequio suyo es compadecerle, ya que tiene usted el corazón hecho una lástima.

L. V. P.—*Madrid*.—Tengo un verdadero disgusto al contestarle que sigue la cursilería en todo su esplendor. Pero usted no se desanime por eso.

HACEMOS PÚBLICO en bien de los que sufren de garganta, nariz y oídos, que los nuevos procedimientos de curación empleados por el médico especialista D. Alfredo Gallego, en los enfermos que asiste en su consulta, San Bernardo 18 dup.^o, producen siempre buenos resultados por estar basados en los últimos adelantos científicos. La sordera, tisis laríngea y el ozena (fetidez de aliento) enfermedades consideradas generalmente incurables, no lo son tratadas por el especialista á que nos referimos.

E. G.—No encuentro aprovechable nada más que esto:

*De una enorme borrachera
há poco enfermó Manolo,
y su médico Cirera
recetóle no bebiera
otra vez el vino solo.
Sin mezclar agua cumplió
lo recetado, hasta ayer,
pues:—Ya no bebo (exclamó)
el vino solo... ¡sino
delante de mi mujer!*

Se lo publico para que esté tranquilo; aunque yo creo que el chiste lo he leído antes. Pero en fin...

A. T. E.—*Málaga*.—Los cuentos viejos necesitan del ingenio y de la forma para que queden como nuevos. Guárdese lo que sea y hasta otro.

L. S. A.—*Madrid*.—Muy bien de forma; pero el quinteto endecasílabo es espantoso por la palabra *vergajo*, que no puede nunca ser consonante de nada bueno. Aprovecho lo otro con ligera modificación.

En el año 2000.

(FANTASIA NOVELESCA POR E. BELLAMY)

MAQUINAS USADAS



SINGER, para coser.

Se compran, venden y dan á plazos.—Se componen todos los sistemas; Se garantizan por el mecánico CEREZO.

ZARAGOZA, 9

—Queréis decir, sin duda, que no pagáis los servicios en dinero contante; pero me parece que el crédito asignado á cada cual en vuestros almacenes nacionales, corresponde á nuestros salarios del siglo XIX. ¿Con qué título reclama el individuo su parte del presupuesto social? ¿Cuál es la base de la repartición?

—Su título—respondió el doctor—es el hecho de que es hombre, y tal es también la base de la repartición.

—¡El hecho de que es hombre!—repliqué con tono de incredulidad.—¿Es posible que todos los ciudadanos tomen exactamente la misma parte del presupuesto social?

—¡Seguramente!

Mis lectores, que no han visto funcionar en la práctica otra organización que la de hoy, y que no están acaso bien al corriente de la historia de los siglos pasados, no pueden imaginarse en qué estado de estupor me sumió la observación, sin embargo tan sencilla, del doctor.

—Ya véis—dijo sonriendo,—que no sólo no nos servimos de dinero para pagar los salarios, sino que como os he dicho, no tenemos nada que responda á vuestra idea de salario.

—Pero, en fin—exclamé,—hay obreros que trabajan dos veces más que otros. ¿Es que los obreros hábiles no se quejan de un sistema que los coloca en la misma situación que á los torpes?

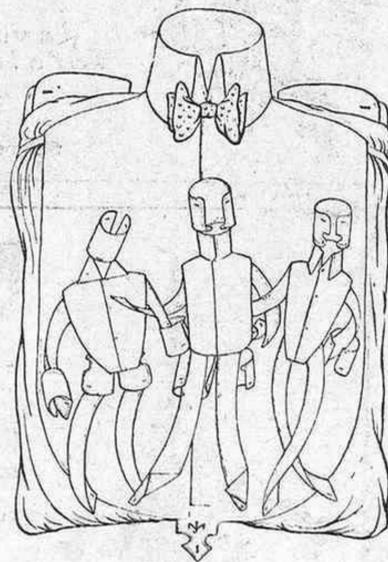
—Nunca les damos ocasión para quejarse de una injusticia, puesto que exigimos la misma suma de trabajo de todos ellos.

—Tendría curiosidad de saber cómo, puesto que no se encuentran dos hombres cuyas capacidades sean exactamente iguales.

—Nada es más sencillo; pedimos á todos el mismo esfuerzo; les pedimos que presten á la sociedad tantos servicios como puedan; que hagan todo lo que puedan, en una palabra.

—Pues bien, supongamos que todos hacen realmente todo lo que

FAMA UNIVERSAL



En su reciente entrevista le ha dicho Loubet al Zar: —Las camisas de MARTÍNEZ no reconocen rival.

2, San Sebastián 2,

pueden; no por eso será menos cierto que el producto del trabajo de un hombre puede valer dos veces lo que el de su camarada.

—Es muy cierto—dijo—el doctor;—pero el producto obtenido no tiene nada que ver con la cuestión de retribución, que no es más que una cuestión de mérito. El mérito es una cantidad moral; la producción es una cantidad material. ¡Singular lógica la que pretendiera resolver un problema moral con arreglo á un patrón material! No hay que tener en cuenta más que la cantidad del esfuerzo, no la del resultado. Todos los que hacen lo que pueden, tienen el mismo mérito. Las capacidades individuales, por brillantes que sean, no sirven más que para fijar la medida de los deberes individuales. Un hombre especialmente dotado, que no hace todo lo que puede hacer, tiene menos mérito que un hombre inferior como capacidad, pero que da su máximo de esfuerzo. El Creador ha arreglado la misión de cada cual según las facultades de que lo ha provisto; nosotros no hacemos más que seguir sus indicaciones y exigir que sea cumplida la misión.

—Desde el punto de vista filosófico, todo eso es muy bonito; pero parece duro que un hombre que produce el doble que otro (aun admitiendo que los dos hacen todo lo que pueden) obtenga la misma retribución.

—¿De veras os parece eso duro? ¡Es curioso! ¡Actualmente nos parece muy natural que se sea castigado por lo que se ha dejado de realizar en la medida de las propias fuerzas, y no recompensado por lo que se ha hecho! Supongó que en el siglo XIX, cuando un caballo arrastraba una carga más pesada que la que arrastraba una cabra, se le recompensaría. Por nuestra parte, le habríamos administrado una buena corrección si no lo hubiera hecho, partiendo del principio de que la capacidad determina la misión. ¡Es asombroso cómo cambian, en lo moral, los puntos de vista!

Y el doctor guiñó los ojos de una manera tan cómica, que solté la carcajada.

Repliqué:

—Si nosotros recompensáramos á los hombres por los dones que han recibido de la naturaleza, mientras que consideráramos las capacidades de los caballos y de las cabras como determinando simplemente el servicio que se les podía exigir, es, sin duda, porque los animales, como no pueden razonar, hacen instintivamente todo lo que pueden, y porque los hombres tienen necesidad de ser estimulados con una remuneración proporcionada al resultado de sus esfuerzos. A menos que la naturaleza haya cambiado enteramente desde hace cien años, me pregunto cómo es que no estáis reducidos á la misma necesidad.

—No creo que la naturaleza humana haya cambiado en este punto. Nosotros tenemos, lo mismo que en el siglo XIX, necesidad de estimular á los hombres con distinciones y ventajas, para que den el máximo de sus esfuerzos en cualquier rama de la industria.

—Pero, ¿cuáles pueden ser esos estímulos, puesto que, sea cual sea la suma de su trabajo, la renta del ciudadano es la misma? Caracteres escogidos pueden ser estimulados por el amor al bien público; el hombre ordinario se quedará dormido sobre el remo, diciéndose que no cambiará su suerte, ya se esfuerce, ya se abandone.

—¿Cómo! ¿Creéis verdaderamente que la naturaleza humana no es sensible á otros aguijones que el temor á la miseria y la sed de lujo? ¿Creéis que, en su defecto, el hombre, seguro del día siguiente, queda sin ambición alguna? ¡Vuestros contemporáneos no eran de esta opinión, aunque parecieran persuadidos de ello! Cuando se trataba de esfuerzos de la naturaleza más elevada y de sacrificio absoluto, contaban con otras muy diferentes palancas de la actividad humana. No era el interés, sino el honor, la esperanza de la gratitud humana, el patriotismo, el entusiasmo del deber, lo que se hacía brillar á los ojos del soldado cuando se trataba de morir por la patria; no hay época en que el llamamiento dirigido á estos sentimientos no haya hecho surgir lo que hay de más noble y de más elevado en la naturaleza humana. Aún más: si analizáis ese amor al dinero, la gran palanca moral de vuestra época, veréis que el temor á la miseria y el ansia de lujo no eran más que dos de los elementos que entraban en la composición de este poderoso móvil. Entraba además en él, la sed de poder, el apetito de una posición social, la ambición de notoriedad y de éxito. Así veís que, aun aboliendo la pobreza y el temor que inspira, el lujo desordenado y las esperanzas que solicita, no hemos hecho desaparecer los motivos principales que, en vuestro mismo tiempo, incitaban á la conquista del dinero, ni ninguno de los que inspiraban los esfuerzos supremos. Solamente los móviles groseros han sido reemplazados por aspiraciones más altas, desconocidas para la mayoría de los hambrientos de vuestro tiempo. Ahora que no se trabaja más que por cuenta propia, que toda industria se hace en provecho de la nación, el patriotismo, el amor á la humanidad, inspiran á nuestros obreros aquellos mismos sentimientos por los cuales morían vuestros soldados. El ejército industrial es un ejército, no sólo por virtud de su perfecta organización, sino también por la ardiente abnegación que anima á sus miembros.

(Continuará.)

MADRID: 1901.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4

Bazar de Camas de la Latina

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

Fábrica: CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 29

Camas — Colchones de muelles. — Colchones de varios sistemas.

Nadie puede competir en precios con el Almacén

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

EN PAÑOS MENORES

CUENTOS DE VERANO

Cuaderno, 15 céntimos.

Los pedidos á la Administración de este periódico.



DEPILATORIO VENUS

Descubrimiento maravilloso para hacer desaparecer el vello y suavizar el cutis dándole la frescura de la juventud.

5 pesetas frasco en todas las perfumerías de España.

Se vende en Madrid: Sres. Hijos de J. G. Fortis, Puerta del Sol, 2; Perfumería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, 3, y D. Bruno López, Pez, 46.

POR MAYOR: J. LL. PRUNÉS, GOBERNADOR, 6, BARCELONA

Se remite por correo, certificado, mandando 6 pesetas en sellos ó libranza.



BERNABÉ MAYOR

3, ESPARTEROS, 3

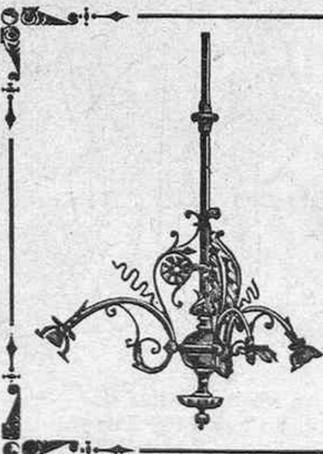
MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.

Ferretería, metales, utensilios de cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.



SERVICIOS FÚNEBRES

La Soledad

DESENGAÑO - 10.

TELÉFONO 205

MATÍAS LÓPEZ. — Chocolates, Cafés, Dulces. — Oficinas: Palma Alta, 8. — Depósito: Montera, 25.